ANTONIO MACHADO, CRITICO LITERARIO, ENJUICIA LA PROSA DE SUS CONTEMPORANEOS

Antonio Machado, que ejerció en grado máximo su vocación de poeta y que explicó Literatura —a pesar de la nominación de su cátedra— no sintió excesiva pasión por las bellas letras, quiero decir una dedicación más allá de la de simple lector. La Filosofía constituyó su verdadera pasión de estudio, aunque siempre se quedara a medio camino en ese itinerar de Juan de Mairena y Abel Martín que pueden representar —como apunta Guillermo de Torre (1)— su frustración ante la filosofía; salirse por la tangente ante el muro de los problemas filosóficos, puede que de envergadura superior a sus fuerzas.

Las notas para el curso de Literatura que dictó en el Instituto de Baeza en 1915, son un convincente documento de que Antonio Machado no sintió excesiva pasión por la docencia de la Literatura. Muy en contra de lo que, con excesiva pasión, apunta Casamayor (2), las notas para clase contenidas en su *Cuaderno de Literatura,* no presuponen un conocimiento meditado y reposado de los clásicos, antes bien, reflejan, en resumen, los juicios de Fitzmaurice Kelly en su famoso manual de Literatura, aun a pesar de que algunos juicios, como el ataque al Barroco, se encarnen en Machado como patrón y modelo de valoración durante toda su vida. Y no me interesa ahondar más en el profesor de Literatura, sino en el crítico de literatura, aspecto al que se ha prestado muy poca atención y que me parece fundamental en todo caso y ocasión para comprender y valorar rectamente la obra creativa de un escritor según su sistema de afinidades y preferencias, reconstruible a partir de los juicios de valor que formula.

---

(1) Torre, G. (de): «Teorías literarias de A. M.», en «La Torre», 45-56 (1964). Recogido en «Antonio Machado» (ed. R. Guillón y A. W. Phillips) Madrid, Taurus, 1973, p. 230.

(2) Casamayor, E.: Antonio Machado, profesor de Literatura, «Cuadernos Hispanoamericanos», 11-12 (1949), pp. 481-498.

La prosa de Machado era un instrumento perfectamente apto para ejercer con enjundia y alcances la crítica literaria, pero le faltó el talante crítico y él —quizá el único escritor de su época que mantuvo amistad con todos y supo mantenerse ajeno a las disputas— no adoptó la incómoda actitud de juez del buen crítico ni, mucho menos, dejó que su pluma fuera conquistada por la mordacidad, la envidia, la sátira, actitudes del mal crítico, frecuentes en sus contemporáneos. Y aun para su —en general— inofensiva crítica, Machado se oculta pudorosamente detrás de sus Abel Martín y Juan de Mairena que le permiten —como observa Gutiérrez Girardot (3)— censurar con humor inofensivo tanto acontecimiento reprobable de la vida española y mucha nueva tendencia literaria con la que él no estaba de acuerdo. Su talante de poeta cercenó la autonomía de su prosa, de modo que ésta se supeditó a su labor creadora en verso, impidiendo un desarrollo autónomo de la agilidad e inmediatez que necesita la prosa de crítica literaria en periódicos. Machado no consiguió dar con la forma periodística y puedo adelantar que sus comentarios, con motivo de libros recién publicados o de movimientos literarios en candelero, son extraordinariamente escasos. Pero —en su caso— no puede establecerse una fácil equivalencia entre labor periodística y labor crítica, pues los juicios de Machado no se formularon sólo en prosa sino en verso —como muestran sus varios homenajes poéticos— y, además, junto a los esbozos de los *Complementarios* que se convirtieron en artículos, hay meditaciones que nunca publicó. Aunque el grueso de sus reflexiones sobre literatura lo constituyen fragmentos de Juan de Mairena, publicados en periódicos y revistas, recogidos —después— en libro por el propio autor o por editores posteriores (4), hay colaboraciones de Machado en diversos periódicos que obligan un breve excurso, antes de entrar en consideraciones sobre su labor crítica.

Aunque nunca ejerciera con asiduidad la prosa periodística, la vocación de Machado es tempranera, si pensamos que ya en sus años de Soria fundó un periódico *(El Porvenir castellano)* junto con su amigo José María Palacio, director desde el año de su fundación, 1912.

---

(3) Gutiérrez Girardot, R.: «Poesía y prosa en Antonio Machado», Madrid, Guadarrama, 1959, p. 132. Edita en cuaderno E. Casamayor, Bogotá, U. Nacional, 1952.

(4) Puede verse: «Los complementarios y otras prosas póstumas» (ed. G. de Torre), Buenos Aires, Losada, 1957; «Prosas y poesías olvidadas» (ed. R. Martínez López y R. Marrast), París, CRIEH, 1964; «Antonio Machado Prose» (ed. Oreste Macri), Milán, Lerici, 1968; «AM. Antología de su prosa» (ed. Aurora de Albornoz), 4 tomos, Madrid, Edicusa, 1972; «Juan de Mairena», B. Aires, Losada (1949); «Los Complementarios» (ed. facsimil y transcripción de D. Ynduráin), Madrid, Taurus, 1972. Como estudio de conjunto destacaré: R. A. González: «La prosa de AM», Tesis Doctoral inédita, Univ. Puerto Rico, 1955, y las correspondientes introducciones a las ediciones citadas.

El periódico dura hasta 1934, en que desaparece cuando había alcanzado el número 1893. Pero las colaboraciones de Machado son muy escasas, tanto en éste como en los once periódicos que existían en Soria por los años en que él fue catedrático de su Instituto General y técnico (5). En 1922 volverá a colaborar —con cierta asiduidad— en otro periódico soriano que se autotitula independiente como *El Porvenir castellano: La Voz de Soria,* dirigido por Mariano Granados y desaparecido en 1936. Sus colaboraciones en *Tierra Soriana, El Avisador numantino,* son de escasísima significación.

En carta a Unamuno (6) se queja, Machado, de que en Baeza no existe la intensa actividad periodística que encontró en Soria, aunque él apenas participara en ella. Colabora en el periódico de Baeza *Idea Nueva,* en 1915. Ese mismo año aparece una colaboración en el *Boletín de la Institución libre de Enseñanza* y en *La Lectura,* donde ya había colaborado en 1913. Hasta el año 1915 puede reducirse a lo que llevamos visto su colaboración en publicaciones periódicas, añadiendo un artículo en *El País* (1904), en *La República de las letras* (1905) y en el pariense *Mundial Magazine,* dirigido por Rubén Darío.

Sólo en los últimos años de su vida menudearon las colaboraciones en periódicos. Podemos atenernos al siguiente índice sintomático, teniendo muy en cuenta que ni siquiera en esta escasa producción periodística lo dominante es la crítica literaria:

1917: *Alfar; Nuevo mundo.*
1920: *El Sol; Indice.*
1925: *Revista de Occidente.*
1928: *Gaceta literaria.*
1929: *Gaceta literaria. ABC.*
1930: *Gaceta literaria. El Imparcial. Heraldo segoviano.*
1934: *El Sol. Diario de Madrid.*
1936: *Ahora.*
1937: *Ahora. Servicio de Información* (Valencia).
1938: *España* (portavoz del tercer cuerpo de ejército). *Nuestro ejército.*
1938-39: Marzo de 1938 a enero de 1939, sección «El mirador de la guerra» en *La Vanguardia* (Barcelona).

Mención aparte merece su estímulo a la revista segoviana *Manantial,* su colaboración en *Repertorio americano* de San José de Costa Rica y —sobre todo— la asiduidad con que aparecen colaboraciо-

(5) «El Avisador»; «Defensor escolar»; «Heraldo de Soria»; «La Provincia»; «Tierra Soriana»; «El Batallador»; «Ideal Numantino»; «Juventud»; «La verdad»; «Voz castellana».

(6) Carta de AM a Miguel de Unamuno (Baeza, ¿1913?). Recogida en A. de Albornoz: «Antología» (citada), I, pp. 102-107.

nes suyas en la revista *Hora de España*, desde el primer número (enero, 1937) hasta el último (núm. 23, 1939) (7). Excepto la asiduidad con que publica sus prosas en *La Vanguardia* y en *La Hora de España* el resto de sus colaboraciones en publicaciones periódicas aparecen de forma aislada y totalmente excepcional. Incluso cuando se propuso dar vida a una sección fija —el caso de «Los trabajos y los días» en *El Sol* (1920)— no pasaron de cinco las notas que envió.

Machado no fue, pues, escritor de periódicos como la mayoría de sus contemporáneos, ni para ejercer el comentario literario, ni el político, a no ser en 1938-39, cuando lo juzgó un deber a la par que la puesta en práctica de la única actividad posible para él. Si a esto añadimos, como decía, que la mayor parte de sus colaboraciones periódicas no son de crítica literaria, podemos pensar que la atención crítica a la labor de sus escritores contemporáneos no ocupó demasiado tiempo ni espacio en sus ocupaciones literarias, primaria y esencialmente poéticas y filosóficas. Pero dicho ya esto, podría llevarnos a engaño la afirmación de Guillermo de Torre: «de hecho no llegan a la docena los autores comentados por Machado con motivo de libros recién aparecidos» (8). Para comprender la actitud crítica de Machado ante la literatura contemporánea —y aquí quería llegar— habrá que echar mano, en esta ocasión, no sólo de sus colaboraciones periódicas, sino de la correspondencia, prólogos, homenajes en verso..., etc. que amplían, extraordinariamente, las perspectivas sobre el Machado crítico, y me permiten adelantar lo que debiera ser conclusión: los juicios literarios de A. Machado no hay que buscarlos, primaria y exclusivamente, en sus poco frecuentes prosas periodísticas, sino en el conjunto de su producción. Creo que por la altura de su creación poética, merece la pena tomarse la molestia de rastrear en su obra su sistema de estimativas, sus filias y aun sus fobias, fundamentales para enfocar su poética y su poesía desde otros puntos de ataque y aun por el puro placer de saber lo que gustaba y no gustaba a un poeta que nunca ejerció la crítica asidua de quienes escribieron por los años en que él nos estaba legando su «palabra en el tiempo». Enfocadas así las cosas puedo adelantar que los testimonios de su preocupación literaria son mucho más numerosos que lo que Guillermo de Torre señala.

---

(7) Colaboraciones suyas importantes aparecen en los números: 1; 2; 3; 5; 6; 7; 10; 11; 12; 14; 15; 16; 17; 19; 22; 23.

(8) Torre, G. (de): Op. cit., p. 233.

Aunque él no ejerciera de crítico literario, tenía ideas muy claras sobre la función del crítico, a tenor de ellas podemos explicar el que nunca se arriesgara a navegar por tan difíciles aguas:

> «Al crítico corresponde señalar todo fracaso de un propósito como defecto artístico (...) el crítico tiene el deber de señalar el fracaso con relación al propósito del artista y está obligado a descubrirlo. Cuando ni por casualidad acierta a señalarlo, es el crítico quien fracasa» *(Los complementarios*, A. de Albornoz, *Antología*, II, p. 401; ed. D. Yndurain, p. 183).

pero, a continuación, señala que no se podrá considerar fracaso del artista el que no cumpla un propósito que no se planteó, y esto le da pie para atacar a: «muchos pedantuelos malévolos e incomprensivos que cultivan, acaso sin saberlo, la calumnia literaria». No propugna con ello Machado la crítica benévola y meramente contemporizadora, sino que, una vez salvados los «valores» incuestionables del XIX y XX, ataca sin medias palabras a la crítica dominante en su época y no ya sólo a los críticos que señalan fracasos con relación a propósitos que el autor no se planteó:

> «nuestra crítica no logra ser orientadora. Adolece de un defecto esencial: su marcada tendencia a lo arbitrario. Suele hacer afirmaciones rotundas, sin mostrarnos el proceso ideológico por el cual llega a establecerlas. Es crítica de autoridad, en parte 'matonería crítica'» *(La Voz de Soria*, 1-IX-1922).

y todavía matizará, en profundidad, las características de la crítica dominante: afán ditirámbico que aplaude sin haber leído; afán polémico; insuficiencia dialéctica; falta de objetividad —simpatía, antipatía—; expresión alambicada y paráfrasis hinchada; fe en el silogismo; snobismo; narcisismo; tartarinismo *(Ibidem)*. Aún serán más duros los ataques contra los espíritus malévolos que hacen crítica mezquina, los satíricos que fustigan con acritud, quienes sólo ven ausencias y no presencias. Nunca Machado defenderá el rigor por el rigor, la inflexibilidad y no ya sólo en esa lección magistral de buen carácter a que ya me refería: juzgar la obra de acuerdo con los propósitos del autor, sino que, lisa y llanamente recomienda:

> «En general, yo os aconsejo que nunca os arrepintáis de los elogios sinceros que prodigáis a la obra (...) siempre estaréis con ellos más cerca de la verdadera crítica que si pretendéis de-

finir una obra por sus faltas o defectos» *(Hora de España,* núm. 22, octubre (1938), pp. 14-15).

y todavía:

> «Si alguna vez cultiváis la crítica literaria o artística, sed benévolos. Benevolencia no quiere decir tolerancia de lo ruin o conformidad con lo inepto» *(Juan de Mairena,* C. IV. A. de Albornoz: *Antología,* II, p. 41).

No renuncia Machado a la función esencial del crítico: juzgar, pero no sólo para señalar fracasos, sino con el ánimo templado por la benevolencia y ésta será su actitud aun cuando critique —por ejemplo— la nueva poesía con la que no estaba de acuerdo. Pero en el fondo sigue la inexcusable misión de juzgar, discernir para elaborar un juicio no siempre grato y esto no debió resultar demasiado tentador para un temperamento tranquilo y más melancólico que activo. Por ello no vendrán de su parte muchos intentos de renovación de esa crítica que tan agudamente definía en sus defectos, como hemos visto.

SOBRE LA GENERACION DEL 98

Machado consideró a los escritores del 98 como factores de progreso y renovación, hacia una España nueva y él mismo participó del común de ideas generacionales, en las que no hace al caso entrar aquí. No vio, porque estaba inmerso en ello, lo que en el 98 había de esteticismo y de falta de practicidad: Gil Novales lo apunta muy certeramente:

> «Crearon, sí, una terminología, una conciencia de los problemas, pero en cierta manera escamotearon los verdaderos datos de la crisis española, sustituyéndolos por un vago misticismo estetizante, un falso culturalismo y el culto de sí mismos. La generación del 98 es, por antonomasia, la generación escamoteadora (9).

Muy lejos de ello, Machado afirma, con pleno convencimiento:

> «La llevada y traída y calumniada generación del 98, en la cual se me incluye (...) ha amado a España como nadie, nos duele España —como dijo, y dijo bien, ese donquijotesco don

(9) Gil Novales, A.: «Antonio Machado», Barcelona, Fontanella, 1970, p. 33. Véase también: Ramón Iglesias: «El reaccionarismo de la Generación del 98» en «Cuadernos Americanos», México (1947), pp. 91-92.

Miguel de Unamuno— como a nadie ha podido dolerle jamás patria alguna. Pero los españoles habíamos soñado con exceso, habíamos vivido demasiado de nuestros antepasados. Nuestro sueño cayó con la bancarrota de las últimas empresas ultramarinas. La razón contundente de nuestros fracasos nos demostró que podía lucharse, pero no vencerse con lanzas de papel (...) y nos volvimos patria adentro. Había que poner un poco de orden aquí» (10).

pero de modo mucho más contundente se expresará todavía:

«Estos jóvenes —Mairena aludía a los que hoy llamamos veteranos del 98— son, acaso, la primera generación española que no sestea ya a la sombra de la iglesia, si os place mejor, a la sombra de la sombra de la iglesia. Son españoles españolísimos que despiertan más o menos malhumorados al grito de: ¡sálvese quien pueda!

Y ellos se salvarán, porque no carecen de pies ligeros ni de plumas recias Pero vosotros tendréis que defender su obra del doble *Index Librorum Prohibitorum* que la espera: del eclesiástico indefectible, y... del otro. Del otro también, porque, frente a los que sestean a la sombra de la iglesia, están los que duermen al sol, sin miedo a la congestión cerebral, los cuales llevan también el lápiz rojo en el bolsillo.» («Sigue hablando J. de Mairena a sus alumnos», *Hora de España*, núm. 3, marzo 1937, p. 11.)

Machado, que se consideraba discípulo de los grandes maestros del 98 (entrevista en *La voz de Madrid*, 1938, formada por V. D. M.) aunque después —a pesar de Azorín— se le haya considerado «el poeta del 98», ve con pasión y cierta extremosidad la actitud crítica de los escritores de esta generación que si actuaron de revulsivo en medio de la atonía general, no hay que olvidar, por otra parte, la enorme ineficacia de sus actitudes netamente individualistas. Con ellos comparte puntos de vista y actitudes que se rastrean no sólo en sus poesías sino en alguna de sus colaboraciones en periódico, aunque —como apunta Gil Novales (11)— logró superar los condicionamientos —desde el punto de vista literario— de modernismo y noventayochismo, que constituyen parte importante en la constitución de su obra literaria.

Por de pronto, los dos textos dedicados al 98 nos muestran hasta qué punto interesaba a Machado España y sus problemas. No formula juicios literarios sino que valora la postura política de unos escritores, aunque en este caso sea la vía más certera de aproximación a

(10) Pla y Beltrán: «Notas sobre AM», «Revista Nacional de Cultura», Caracas, 133 (3-IV-1959).

(11) Gil Novales, A.: Op. cit., p. 36

la obra de los hombres del 98. Las prosas de los últimos años de su vida nos revelan hasta qué grado era consciente Machado de que hay cosas mucho más importantes que las bellas letras. En este sentido diré ya que la crítica de Machado, que vamos a ir viendo, rara vez se pierde en los terrenos del análisis de formas, en exclusiva, sino que sus intereses apuntarán más alto: no sólo hacia las funciones sino hacia las explicaciones últimas, desde su voluntad y vocación de filósofo, pero con una clara conciencia del sentido, función y límites de la cultura.

Interesaban aquí solamente los juicios globales sobre la generación del 98 como unidad de actitud, pues ocasión vamos a tener de comprobar que —dentro de su escasa crítica literaria o para literaria— abundan las dedicadas, de modo individual, a los hombres del 98 y —por encima de todos— a Miguel de Unamuno, sin olvidar a Valle-Inclán, Baroja, etc.

LA NOVELA

Para comprender la actitud de Machado ante la novela de su época y de la inmediatamente anterior, no estará de más recordar un precioso testimonio del propio Machado que recoge E. de Ontañón. Se propuso nuestro autor escribir —en 1938— una biografía del héroe anónimo y confiesa a Ontañón: «una pequeña novelita de quince a veinte páginas. Ya estoy pensando hasta cómo va a ser el personaje» (12). Todavía habría que preguntarse por lo que hay de creación novelística, de estructura narrativa, en sus dos apócrifos Mairena, Martín. Pero, en sentido estricto, podemos afirmar que Machado nunca cultivó ni la novela ni las formas más inmediatamente en torno a la novela. Creo que es importante tener esto en cuenta para comprender que la crítica de novela que efectuó, y que paso a estudiar, está formulada desde la mente del poeta-filósofo, quiero decir por alguien que no está en el juego; el recuerdo de Clarín —nuestro inolvidable crítico de novela— es inevitable.

Forzando los límites cronológicos que me he impuesto voy a referirme a unas alusiones de Machado a Juan Valera, porque reflejan, con extraordinaria exactitud, la posición del poeta ante la novela como género literario. Su preferencia de la obra de Valera es muy sintomática de lo que él creía que debía ser la función de la novela, frente al ensayo, pues elige —de los novelistas del XIX— al autor

(12) Ontañón, E. (de): «Ultimas noticias de AM» en «España Libre», Nueva York, 1940.

más descomprometido, partidario del arte por el arte, embellecedor de la realidad y convencido de que la fábula no sirve para demostrar nada. Sabemos muy bien que no era ese el destino que pensaba Machado para la literatura seria, y no será necesario aducir aquí los conceptos de «otredad» en su poesía, sus precisiones sobre lo folklórico o sus frecuentes alusiones a la cultura popular. Puede ser que Machado no viera en la novela una forma seria de literatura, el problema, a fin de cuentas, no sería nuevo.

En Valera destaca Machado la «gracia, ingenio, erudición», pero, una vez más, no juzga los valores literarios, sino que el sentido de esta nota periodística, publicada en *La Voz de Soria* (1-IX-1922), se limita a señalar que escritores de la talla de Valera necesitan varias generaciones para producirse y desaparecen señeros sin dejar descendencia. Pero, insisto, en el valor sintomático de esta elección, dentro de su escasa prosa dedicada a la novela en la que no encontraron atención ni Galdós, Clarín, Pardo Bazán..., etc.

Proust

Para Machado, la obra de Marcel Proust (1871-1922) es un fruto maduro y tardío, que cierra con llave de oro la novela burguesa del ochocientos francés. El novelista analiza su propia historia, una existencia vulgar sin ideales ni heroísmos, con una presencia del pasado que se acumula en la memoria y destinado a perderse, si no se rememora, por su incapacidad de convertirse en porvenir. Supo ver Machado que el verdadero protagonista de la obra proustiana es el tiempo, marcado con el signo ochocentista del siglo que se escucha a sí mismo. Intenta una definición sociológica de los protagonistas:

> «La burguesía con zapatos nuevos que nos pinta Balzac aparece en el alma de Proust en su período declinante y defensivo, madura de nostalgia, horra de idealidad, ansiosa de crear su propia tradición, de convertirse, a su vez, en aristocracia» (*Proyecto de discurso de ingreso en la RAE, 1931, RHM*, 1951, A. de Albornoz: *Antología*, II, p. 68).

Formula, por fin, un juicio global sobre Proust, extraordinariamente exacto a mi entender:

> «Proust es un gran psicólogo, fino, sutil y autoinspectivo, y un gran poeta de la memoria, que evoca, con una panorámica visión de agonizante, toda una fenecida primavera social» (*Ibid*).

Este conocimiento directo de Proust que demuestra Machado, aparte del interés para perfilar su actitud como crítico literario, es relevante por el influjo que ejerció —al decir de Humberto Piñera (13)— sobre su poesía.

Joyce

Juzga, también, la obra capital de Joyce: *Ulises*, aunque —en gran parte— a través del ensayo de E. R. Curtius. Se le escapa el orden frío y sistemático de Joyce, aunque sí supo ver lo que tenía en común con el surrealismo:

> «En el Ulises de *Joyce*, en un solo momento literario, podemos estudiar todo lo que hoy se llama, con equívoca y desorientadora denominación, superrealismo: una definitiva desintegración de la personalidad individual por acortamiento progresivo del horizonte mental» (*Ibidem*, p. 69).

A continuación califica y juzga al protagonista joyceano:

> «El sujeto se fragmenta, se corrompe y se agota por empacho de subjetivismo. El desfile vertiginoso de sus imágenes no es ya el afluir de una conciencia, porque estas imágenes (...) pretenden valer por *sí mismas*, no pertenecen a *nadie*, no guardan relación con nadie entre sí» (*Ibidem*, pp. 69-70).

de aquí que considere, en conjunto, al *Ulises* como un callejón sin salida, una vía muerta del solipsismo lírico del ochocientos que Machado había creído superar en su poesía mediante la otredad del yo, la natural comunicación propia de la poesía.

Machado insiste, machaconamente, en la falta de pensamiento genérico, de lógica, y tanto debió sorprenderle el *Ulises* que llega a preguntarse si es obra de un loco, para concluir que es producto de una inteligencia superior, capaz de someter muchos cientos de páginas a un expurgo de lógica externa, y matizará estos extremos con una marcada toma de posición:

> «La obra de Joyce pretende ser el poema de la percepción, horra de lógico esquematismo, mejor diré de la expresión directa del embrollo sensible, la caótica algarabía en que colaboran, con la heterogeneidad de las sensaciones, toda suerte de resonancias viscerales. Exigir inteligibilidad a esta obra carece de sentido,

(13) Piñera, H.: «Tiempo de Proust en el tiempo de Machado». «La Torre», P. Rico (1965), pp. 137-154.

porque el lenguaje no tiene en ella nada que comunicar. Las palabras, a veces, se reúnen en frases que parecen significar lógicamente algo, pero pronto observamos que se asocian al azar o por virtud de un mecanismo diabólico. El lenguaje es un elemento más del caos mental, un ingrediente del bodrio psíquico que el poeta nos sirve» (*Ibidem*, pp. 68-69).

Machado, como decía, no captó el orden interno del *Ulises* y se equivocó al anunciar una salida de estos «infiernos» para *rivedere le stelle* como el Dante. No pudo pensar que lo que para él era caótica y satánica organización, vendría a colocarse en la base de la renovación de la novela contemporánea, que encontraría inagotable filón en las técnicas del *Ulises*, de los que se servirá, a veces, hasta la saciedad.

Valle-Inclán

En dos ocasiones escribió A. Machado sobre Valle-Inclán: con motivo de su muerte en 1936, tras el apócrifo Juan de Mairena, y en 1938, en que redacta un extenso prólogo para *La Corte de los milagros*.

En 1936 (capítulo XLI de *Juan de Mairena*) apenas formula ningún juicio literario ni de valoración estética de la obra de Valle-Inclán. Con extraordinaria ternura se refiere a la conocida anécdota de Valle autonombrándose mayor honorario del ejército de tierra caliente, aunque —dice Machado—:

> «lo propio de este hombre, más que el heroísmo guerrero, es la santidad, el afán de ennoblecer su vida, su ardiente anhelo de salvación (...) Valle-Inclán será el santo de nuestras letras (...). Un caballero sin mendiguez ni envidia» (*Juan de Mairena*, capítulo XLI).

Recoge un hecho fundamental para valorar las actitudes más íntimas de Valle: él, que había creado a Bradomín, cuando muere en Compostela con su catedral, su cabildo, su botafumeiro, da la orden fulminante de que lo entierren civilmente: «el santo inventor de Bradomín se debía a la verdad antes que a los inventos de su fantasía».

En el prólogo a *La Corte de los milagros*, 1938, Machado continúa con la caracterización humana del escritor (capaz de grandes hazañas aunque no las realizara, extraordinaria resistencia para el sufrimiento físico, gran andarín, «tan literato pero mucho más que un literato», consagración a su arte como tarea ardua y espinosa, infle-

xible lealtad a sus deberes de escritor, voluptuosidad del ayuno, etc.). Machado va contra la excesiva utilización del anecdotario de Valle-Inclán, dignificando a don Ramón:

> «Nadie llevó la pobreza y la mala fortuna del literato español con mayor dignidad y más carencia de toda mendiguez que nuestro don Ramón» (Prólogo a *La Corte de los milagros*, Editorial Nuestro Pueblo, 1938, A. de Albornoz: *Antología*, I. p. 166).

Urgido por las circunstancias, quizá, sitúa políticamente a don Ramón, sin demasiada objetividad:

> «Don Ramón, a pesar de su fantástico marquesado de Bradomín, estaría hoy con nosotros, con cuantos sentimos y abrazamos la causa del pueblo (...) muchas de sus hazañas soñadas se hubieran convertido en realidad» (*Ibidem*, p. 167).

Son muy parcos, pero existen, los juicios literarios de Machado sobre don Ramón, en el prólogo a que vengo refiriéndome. Después de reconocer que la crítica literaria de su tiempo se ocupó muy poco de la obra de Valle-Inclán y ayudó menos a comprender e interpretar al escritor, resume, certeramente, lo que constituye el mayor logro de Valle:

> «El no fue nunca enemigo sistemático de lo específicamente académico. Al contrario. Para él, más que para nadie, la lengua era materia inapreciable e instrumento precioso del arte literario. Muchos años de su vida había consagrado a conocerla, a manejarla, a enriquecerla y hasta á pulirla. Todo cuanto se relacionaba con el lenguaje, desde la fonética hasta la semántica, le interesaba» (*Ibidem*, pp. 165-166).

Lo compara con Galdós, para bien y para mal:

> «olvida, a veces, lo que nunca olvidaba Galdós: mostrar al lector el esquema histórico en el cual encuadraba las novelas un tanto frívolas de sus *Episodios nacionales*. Pero don Ramón, aunque menos pedagogo, es mucho más artista que Galdós, y su obra es, además, mucho más rica de contenido histórico y social que la galdosiana» (*Ibidem*, p. 167).

extremo, este último, más que discutible.

Ya decía más ariba que Machado no practica la crítica aséptica, ajena a las circunstancias materiales del escritor. Un excelente muestra de ello es la relación que establece entre la «estética» de Valle y las consecuencias económico-sociales para el escritor:

«consagrado (...) a una labor de formación y aprendizaje constante y profunda, a la creación de una nueva forma de expresión, a la total ruptura con el lugar común, a lo que él llamaba la unión de 'las palabras por primera vez', tuvo que renunciar para ello a todas las ventajas materiales que se ofrecían entonces a las plumas mercenarias, a las plumas que se alquilan hechas para el servicio de causas tanto más lucrativas cuanto menos recomendables. Desde este punto de vista ningún escritor menos fascista que don Ramón María del Valle-Inclán» (*Ibidem*, p. 163).

Otras relaciones literarias que no hacen al caso aquí han sido estudiadas por Carballo Picazo y A. W. Philips (14).

Un juicio de conjunto excelente de gran penetración y agudeza, aunque podamos discrepar, nos lo ofrece en carta a Ramón Pérez de Ayala (sin fecha):

«Muy entusiasta soy yo del maestro Valle; pero creo que a su obra cuadra mejor la forma expositiva que la dialogada. Su diálogo excesivamente cortado y sentencioso necesitaría un poco de dialéctica para un tal diálogo. Encuadrado dentro de la prosa descriptiva estaría mejor. Con todo, su teatro es bello por su dinamismo y por cierto ambiente popular que, a guisa de aura, acompaña a los personajes» (carta citada).

Pérez de Ayala

Decía más arriba que la crítica literaria de Antonio Machado resulta demasiado breve si la buscamos solamente en lo publicado, sea en periódicos, prólogos..., etc. Hay que atender, también, a la correspondencia, y esto hace al caso a propósito de Pérez de Ayala. Nunca escribió Machado sobre Pérez de Ayala, pero conservamos dos cartas dirigidas a este autor (15). La primera (fechada en Segovia de 29 de enero de 1922) es un simple acuse de recibo de las dos últimas novelas de Pérez de Ayala. En ella confiesa que ya había leído *Luna de miel, luna de hiel* y formula un juicio crítico general sobre la obra de Pérez de Ayala, muy de acuerdo con lo que venimos viendo (16):

«Con usted renace la novela de invención ingeniosa y olvidamos la novela realista de observación fría y anotación demorada

(14) Carballo Picazo, A.: «AM y Valle Inclán», en «CHA», LIV, 160 (1963; Phillips: «Algo más sobre AM y Valle-Inclán», «CHA», 185 (1965), pp. 557-60.

(15) Fue Andrés Amorós quien descubrió las dos cartas de AM a Pérez de Ayala, entre los papeles de éste.

(16) No he podido consultar: (A) F.: «Pérez de Ayala y AM» en «Argentina Libre», Buenos Aires (17-X-1940).

de lo externo y anecdótico. Pero en sus obras hay una alegría madura y un doble amor a las ideas y a la naturaleza que no tiene precedentes en nuestras letras» (A. de Albornoz: *Antología*, II, página 215).

Juicio que se corresponde, perfectamente, con la concepción de la novela que tenía Machado y que expresa —generalizando— en Juan de Mairena («Sobre la novela») y en *Mairena, póstumo:*

> «Lo que hace realmente angustiosa la lectura de algunas novelas (...) es la anécdota boba, el detalle insignificante, el documento crudo, horro de toda elaboración imaginativa, reflexiva, estética» (*Juan de Mairena*, cap. XXXII. A. de Albornoz: *Antología*, II, página 218).
>
> «Es muy posible que la novela moderna no haya encontrado todavía su forma, la línea firme de su contorno. Acaso maneja demasiados documentos, se anega en su propia heurística (*Ibidem*).
>
> «Lo que hará algún día insoportable la lectura de muchos libros actuales de *amena lectura* es el cúmulo de detalles insignificantes e impertinentes que en ellos advertimos» («Miscelánea apócrifa. Habla Juan de Mairena a sus alumnos», *Hora de España*, núm. 14, febrero 1938, p. 6).

No cabe demasiada duda, a la vista de estas afirmaciones, sobre las preferencias literarias de Machado en lo que a novela se refiere. Su desprecio de la novela realista y naturalista es manifiesto, ya me refería a ésto. Pone el acento en la reelaboración artística: los juicios sobre Valera, Valle y Pérez de Ayala permiten insistir en ello.

En otra carta a Pérez de Ayala, sin fecha, precisa más sus ideas en torno al novelista:

> «su obra es siempre de poeta, yo la encuentro tan por encima de lo que se escribe aquí (...) tan de otro clima estético y de espiritualidad tan al margen de nuestra actual novelística, que no encuentro unidad castiza con que medirlo (...). Usted, como el maestro Unamuno, saca poesía de las ideas, fecunda usted a las viejas madres, pero, aparte de que sus realizaciones son más logradas, su idea es muy otra, es francamente renacentista (...). Siente usted la dignidad de la naturaleza y su idealismo es helénico; su estilo cada vez más clásico, sin barroquismo alguno» (A. de Albornoz: *Antología*, II, p. 216).

Abundamiento, pues, en su hostilidad por la novela que incorpora la realidad sin elaborarla artísticamente y que será aspecto fundamental de su propio hacer poético, cuando intentó salir del intimismo en busca de la objetividad externa.

Pío Baroja

En 1922, recoge Machado, en *Los complementarios*, un extenso comentario sobre la novelística de Pío Baroja, a propósito —fundamentalmente— de *La sensualidad pervertida*, aunque, a partir de ella, generalizará sobre el sistema literario del novelista. Interesa, pues, ir antes a lo general que a lo particular, para captar cómo entendía A. Machado la obra del «novelista del 98», lejos temperamental y literariamente de los gustos del poeta y a distancia —creo— de la concepción que tenía Machado de la novela ideal, tal y como hemos visto hasta aquí. Pero Machado, una vez más, intenta buscar lo positivo (recuérdense sus postulados teóricos sobre la labor del crítico) dejándose en el tintero los aspectos negativos y disconformidades que, sin duda, las debió de haber, a tenor de sus juicios generales sobre novela:

> «La última promoción literaria señala en las novelas de Baroja algo de lo que falta: invención, esmero en la forma, ingenio para combinar efectos y aventuras..., etc. Pero nadie, que yo sepa, ha señalado lo que Baroja tiene sobre todos sus contemporáneos españoles. Con Baroja el hombre europeo del siglo XIX es, por vez primera, héroe de novela española. Por eso las novelas de Baroja son las únicas que no se nos caen de las manos.
>
> En él encontramos el culto de la acción, no exento de superstición, y, como problema dilecto de sus meditaciones, el conflicto entre el pensar y el querer. El personaje central de las novelas de Baroja suele ser un intelectual decididamente anti-intelectualista, que achaca su fracaso en la vida, su insuficiencia biológica y aun su propia inexistencia, a sus hábitos de reflexión» (*Los complementarios*, ed. D. Ynduráin, p. 91).

Machado vuelve, insistentemente, sobre las características del héroe barojiano que calificará de intelectual convicto de fracaso, aventurero malogrado. A propósito del héroe de *La sensualidad pervertida*, partiendo de las actitudes de Werther de Goethe, establece un paralelo con la obra de Stendhal e intenta calificar sociológicamente las actitudes del protagonista, forma esta de hacer no nueva en Machado, como hemos tenido ocasión de comprobar:

> «El Luis Murguía de Baroja tiene, a mi juicio, una secreta vocación stendhaliana: el impulso erótico de la burguesía posrevolucionaria no se ha extinguido en él, pero le falta alegría fisiológica, le sobra reflexión y desconfianza de sí mismo. Ha nacido al declinar el mundo burgués, en época de cansancio y agotamiento de una clase que vive ya en actitud defensiva y en la

cual todo napoleonismo —aun el simplemente erótico— se hace imposible (*Ibidem*).

En las características del protagonista barojiano, Machado ve una clara influencia de Schopenhauer y su interpretación de Kant. El invocar esta influencia da pie a Machado para demorarse en largas disquisiciones sobre «lo real» que no hacen específicamente al caso del autor que comenta, pero esto prueba que su auténtica pasión —como ya dije— era la ciencia filosófica y no la ciencia literaria. Y Machado resume con soltura de lector profundo —otra cosa son sus propias formulaciones filosóficas— las teorías de Schopenhauer, Kant, para ir a desembocar en Hegel y la influencia de todos ellos en el sistema de pensamiento del hombre moderno. No hace al caso entrar en más detalles aquí, pero sí quiero recordar que una vez más medita Antonio Machado sobre *la realidad, la razón*, motivos que aparecen recurrentemente en sus apócrifos, y que volveremos a encontrar en sus críticas a la poesía contemporánea.

Machado no alaba a Baroja, no era esa su forma ideal de novelar, pero no lo ataca, cumpliendo los preceptos que había señalado para el crítico, sobre todo el de juzgar según los propósitos del autor, sin atribuir defectos, partiendo de lo que el escritor no se había propuesto realizar.

PROSA NO NOVELISTICA Y ENSAYO

Su admiración intelectual iba fundamentalmente hacia Unamuno y Ortega, pero antes de referirme a las relaciones de crítica literaria de Machado con estos pensadores, prestaré breve atención a los escasos comentarios sobre otros escritores.

Azorín

Machado acusa recibo, en verso, del libro *Castilla* de Azorín, recreando la monotonía y la sensación de tiempo y ausencia en una venta castellana, la de Cidones, en la carretera de Soria a Burgos. Pero, claro, no se trata de crítica literaria, aunque es importante traerlo aquí a colación por lo que tiene de testimonio de los gustos de Machado, en cuanto que se trata de un homenaje poético al maestro Azorín. Pero en otra composición poética, «Desde mi rincón (CXLIII»), fechada en Baeza en 1913 y dedicada, también, al libro *Castilla* «del maestro Azorín», Machado no sólo recrea motivos de

dicho libro, como dice en la dedicatoria, sino que —en verso— valora no sólo la obra sino la actitud —como es habitual en su crítica— del maestro Azorín:

«Basta, Azorín, yo creo
en el alma sutil de tu Castilla
y en esa maravilla
de tu hombre triste del balcón, que veo
siempre añorar, la mano en la mejilla
(.....)
buen Azorín, por adopción manchego,
que guardas en tu alma ibera,
tu corazón de fuego
bajo el recio almidón de tu pechera
—un poco libertario
de cara a la doctrina,
¡admirable Azorín el reaccionario
por asco de la greña jacobina!—;
pero tranquilo, varonil —la espada
ceñida a la cintura
y con santo rencor acicalada—,
sereno en el umbral de tu aventura!
(«Desde mi rincón», *PC.* CXLIII.)

Antonio Machado, el bueno, absuelve —no era su camino el del látigo— el conservadurismo de Azorín. Ya antes había señalado en un artículo publicado en *El Porvenir castellano* —el año de su fundación, 1912— el valor de su estilo:

> «Se le ha acusado de frialdad. Nada más injusto. Azorín es ferviente, cordial, apasionado; pero sabe imponerse la medida, la concisión, la justeza como férreas disciplinas (...). Sabe también que la belleza no es algo que se cuelga o se añade a las cosas, sino lo que ellas mismas tienen. Sabe que la hipérbole, la exageración, el encomio, lejos de dar, quitan...» *(El Porvenir castellano,* 22 julio 1912).

Después se referiría Machado —como muestra J. M. Valverde (17)— al creciente reaccionarismo de Azorín, pero siempre sin descompostura y con el elogio atenuante por delante.

Maeztu

Machado —como muestra J. L. Vázquez Dodero (18)— felicita efusivamente a Maeztu por la publicación de su libro *Defensa de la*

(17) Valverde, J. María: «Azorín», Barcelona, Planeta, 1972, Cap. 19.
(18) Vázquez Dodero, J. L.: «De AM a Ramiro de Maeztu», «ABC», 29-X-1959.

Hispanidad. Pero no va más allá del elogio con una crítica matizada en juicios literarios.

Giménez Caballero

El 15 de mayo de 1928, publicaba E. Giménez Caballero un elogioso artículo en *La Gaceta Literaria* (19) sobre el valor proverbial de la poesía de Antonio Machado. En ese mismo número se incluye una carta de Machado a G. Caballero, en la que elogia la cultura sin exhibición y la meritoria labor de la *Gaceta* bajo su dirección, y precisa:

> «Ustedes, con el bendito Ortega, contribuyen a libertarnos del aparato francés que, como alimento, venimos chupando hace dos siglos» (*Op. cit.*).

Después calificará a Giménez Caballero: «gran estandarte, cartelista y jaleador de un ejército juvenil» (*Gaceta Literaria,* 1 marzo 1929).

D'Ors

En el soneto «A Eugenio d'Ors» (Avila, 1921), presenta certeramente a Xenius como:

> *«Un amor que conversa y que razona,*
> *sabio y antiguo —diálogo y presencia—*
> *nos trajo de su ilustre Barcelona;*
> *y otro, distancia y horizonte: ausencia.» (Cit.)*

Pero interesa mucho más, a los propósitos de este artículo, un comentario, en prosa, a la obra orsiana:

> «El gran mérito de 'Xenius' consiste, a mi juicio, en haber sustituido en sus hábitos mentales el afán polémico, que se acerca a las cosas con una previa antipatía, por el diálogo platónico y la mayéutica socrática» (20).

J. M. Valverde (21) afirma que lo que más le interesó a Machado en la prosa orsiana fue su actitud ante los demás, su tono «de so-

(19) Giménez Caballero, E.: «A Occidente por Oriente. Valor proverbial de AM», «Gaceta Literaria», 15-mayo-1928.

(20) «AM. Obras. Poesía y prosa» (reunidas por A. de Albornoz y G. de Torre), Buenos Aires, Losada, 1964, pp. 801-802.

(21) Valverde, J. María: «Antonio Machado», Madrid, Siglo XXI, 1975, p. 206.

ciedad», urbano y conversacional, y supo valorar y utilizar las sugerencias formales del estilo orsiano (recuérdese el intento de sección fija en *El Sol*, 1920, a que ya me he referido). Conservó la simpatía hacia el estilo y la persona de D'Ors, como en el caso de Azorín, a pesar de las divergencias políticas, pues no hay que olvidar la evolución de Xenius hacia un ideal de fascismo estético. El estilo «bien educado» de D'Ors cautivó a Machado, más allá de la ideología, que respetó aunque no compartiera; actitud que no adopta D'Ors en su *Carta de Octavio de Romeu al Profesor Juan de Mairena* (22).

Unamuno

La asiduidad, interés y fecundidad de las relaciones entre Unamuno y Machado superan en intensión y extensión los obligados límites de este artículo. A ellas han prestado importante atención A. de Albornoz, Sánchez Barbudo, López Morillas, Chaves, Ribbans, Zambrano, Cossío, Rejano, García Blanco, Rovetta (23). No es lugar éste para enjuiciar los resultados de la larga admiración de Machado por Unamuno, sus afinidades y hasta su intimidad, si hacemos caso a Concha Espina que apunta que Unamuno fue el único confidente de los amores secretos de Machado con Guiomar (24). Remito a la lectura crítica de tan amplia bibliografía, dejando para este lugar solamente un recorrido por los juicios literarios que formuló Machado.

Guillermo de Torre observa, creo que con justicia, que Machado se «unamuniza» al comentar la obra de Unamuno e incluso al contestar a sus cartas (25). Tal es así que sus notas, muchas veces, son una auténtica paráfrasis, hecha con el espíritu de discípulo encaminado a descubrir lo permanente unamuniano. Aurora de Albornoz (26) re-

---

(22) «CHA», 11-12 (1949), pp. 289-300.

(23) A. de Albornoz: «La presencia de M de U en AM», Madrid, Gredos, 1968; A. de Albornoz: «M de U y AM», «La Torre», IX, 35, 36 (1961); A. Sánchez Barbudo: «Estudios sobre Unamuno y Machado», Madrid, Guadarrama, 1959; J. López Morillas: «Intelectuales y espirituales. Unamuno, Machado, Ortega, Marías, Lorca», Madrid, RO, 1961; J. C. Chaves: «La admiración de AM por U», «CHA», 155 (1962); G. Ribbans: «Unamuno and AM», «BHS», XXXIV (1957); G. Ribbans: «Unamuno and the younger writers in 1904», «BHS», XXXV (1958); G. Ribbans: «Niebla y soledad: aspectos de Unamuno y Machado», Madrid, Gredos, 1971; M. Zambrano: «AM y Unamuno», «Sur», VIII, 42 (1938); F. de Cossío: «Los encuentros», «Norte de Castilla», Valladolid, 7-3-1922; J. Rejano: Darío, Unamuno y Machado», «Las Españas», México, 1946. M. García Blanco: «En torno a Unamuno», Madrid, Taurus, 1965 (pp. 215-291); C. Rovetta: «Unamuno y AM», La Prensa, Buenos Aires, 26-IC-1965.

(24) Espina, C.: «De Antonio Machado a su grande y secreto amor», Madrid, Lifesa, 1950, p. 103.

(25) Torre, G. (de): Op. cit., p. 234.

(26) «Luz» (poema). En «Alma Española», año II, núm. 16, Madrid, 21 febrero 1904.
— «Divagaciones (En torno al último libro de Unamuno)». En «La República de las Letras», núm. 14, Madrid, 9 agosto, 1905.
— «A don Miguel de Unamuno» poema). En «Campos de Castilla», 1912.

coge —aparte de la correspondencia— un total de catorce «escritos» de Machado sobre Unamuno. De ellos, solamente dos son comentarios sobre libros de Unamuno recién aparecidos, publicados en periódicos; siete son artículos periodísticos en que enfoca, globalmente, la obra y la persona de don Miguel de Unamuno. Además cuatro homenajes en verso a don Miguel y una «nota» a su muerte.

En 1905 recibía con un extenso comentario —aparecido en *La República de las Letras*, núm. 14, 9-IX-1905— la publicación de *Vida de Don Quijote y Sancho*. En él admira al sabio, su heroica y constante actividad espiritual, su admirable sinceridad, para descubrir con criterio exacto:

> «las notas en él dominantes son: el impulso acometedor, la ambición de gloria y la afirmación constante y decidida de su personalidad» (*Art. cit.*).

y ¡cómo no! se refiere en tono elogioso a la agresiva combatividad de don Miguel contra la miseria intelectual «que nos abruma», pero reconociendo que los bellos sermones de Unamuno «no son voces de apocalipsis, sino palabras vivificadoras, como él dice, que exhortan a una interna renovación». Por otra parte no deja de prestar atención, Machado, a la «forma» y «organización» del libro:

> «Mucho nos recuerda Unamuno, en sus escritos, a nuestros mejores místicos, por la expresión sinuosa y asimétrica, tan castiza, por el deseo de envolver y dominar espiritualmente y por el mucho pelear interior que no le deja punto de reposo (...) os diré que el libro de Unamuno está muy bien escrito, (...) tiene, además, de la lengua que emplea profundo conocimiento (...). Y reparad, ya que nos paramos en la forma, en que no es Unamuno de los que sirven su pensar simétricamente ordenado, o cortado

---

— «Don Miguel de Unamuno» (nota sobre Unamuno atribuida a Antonio Machado). En «El Porvenir Castellano», núm. 2, Soria, 4 julio, 1912.
— «Algunas consideraciones sobre libros recientes: 'Contra esto y aquello', de Miguel de Unamuno». En «La Lectura», año XIII, núm. 11, Madrid, julio, 1913.
— «Poema de un día. Meditaciones rurales». En «Poesías completas», 1917.
— «Leyendo a Unamuno». En «La Voz de Soria», 1 septiembre, 1922.
— «Parergon». En «Nuevas canciones», 1924.
— Unamuno, político». En «La Gaceta Literaria», Madrid, 1 abril, 1930.
— «Mairena y el 98—Un premio Nobel». En «Sol», Madrid, 17 noviembre, 1935 (incorporado después a «Juan de Mairena»).
— «Los cuatro Migueles». En «Hora de España», núm. 3, Valencia, 1937.
— «Miscelánea apócrifa: Notas sobre Juan de Mairena» (ensayo sobre Heidegger, en el que habla de Unamuno). En «Hora de España», número 13, Valencia, 1937.
— «A la muerte de don Miguel de Unamuno...» (nota). En «Madrid. Cuadernos de la Casa de la Cultura», núm. 1.
— «Unamuno». En «Revista de las Españas», 1938.
— «De la correspondencia de M. de Unamuno, I, Cartas de A. Machado» (ed. M. García Blanco), «RHM» (1957).

en lonchas, (...) que a esta faena llaman algunos literatura. No es Unamuno de estos bastardos de Boileau, gente académica y desalmada, sino españolísimo en la expresión (...). Cierta rudeza y montuosidad hay, no obstante, en la prosa de Unamuno, que nos hace pensar en la tierra vasca; pero esto de que un escritor recuerde a su tierra, más es virtud que un defecto» *(Art. cit.)*.

y algo que, a Machado, siempre le preocupó y le interesó en toda obra literaria:

«digo que está impregnado de tan profundo y potente sentimiento, que las ideas del pensador adquieren fuerza y expresión de imágenes de poeta (...). Sólo el sentimiento es creador (...) ni las ideas de los pensadores ni las imágenes de los poetas son nada fuera del sentimiento de que nacen (...). La pura ideología y la fría imaginativa son deleznables» *(Art. cit.)*.

La última frase constituye la piedra angular de todo el sistema estético y crítico de Antonio Machado; refleja criterios que aplicará siempre, tanto al juzgar la obra de los demás como al explicar la suya propia; a fin de cuentas, el equilibrio intuición-razón: ideal estético en que insistió —sin desfallecimiento— hasta los últimos momentos de su vida. Por fin una frase de *Vida de Don Quijote y Sancho* le servirá para resumir todo el pensamiento de Unamuno: «La verdad no es lo que nos hace pensar sino lo que nos hace vivir.»

El comentario al libro *Contra esto y aquello* (*La Lectura*, 151, 1913) comienza con unas atinadas consideraciones a tono con lo que hoy hemos dado en llamar sociología del libro. Machado se refiere a los problemas de difusión del libro, firmemente convencido de que a él le corresponde la extensión de la cultura, más que a Universidades e Institutos. Pide que se aumente la propaganda sobre libros nuevos, iniciando al pueblo en la lectura mediante los modernos antes que los clásicos y afirma: «fundamos, entre unos cuantos amigos, un periodiquillo con el sólo objeto de hacer la propaganda del libro» (se refiere a *El Porvenir Castellano*).

Machado ve una base religiosa en el patriotismo de Unamuno, ajeno a todo campo político concreto pero especialmente hostil al conservadurismo de los neocatólicos franceses y sus influencias en España. A partir de aquí dedica Machado todo su comentario a atacar lo francés, actitud que le une estrechamente con Unamuno. Con gran vehemencia llega a afirmar:

«La Francia actual literaria y filosófica se caracteriza por una carencia absoluta de originalidad, por una tendencia mezquina-

mente reaccionaria y por una farsantería que sería cómica si no estuviese mezclada con terrores de Apocalipsis» *(Art. cit.)*.

De Francia solamente recibe la cultura contemporánea: sensualismo, anarquismo, pornografía, decadentismo y pedantería aristocrática. Al pensar así, Machado está haciendo una puntual paráfrasis del libro de Unamuno, pero falta —por completo— el comentario crítico al libro.

En 1922 publicó Machado en *La Voz de Soria* una brevísima nota sobre Unamuno:

> «Para curarnos de la melancolía literaria no hay como leer a Unamuno. He aquí el gran llavero que no viene a cerrar, sino a abrir (...) avanza, en efecto, don Miguel, abriendo puertas y dejando siempre la llave en la cerradura» (*La Voz de Soria*, 1-IX-1922).

Años más tarde, 1937, refiriéndose a la muerte de don Miguel, caracterizó —certeramente— las invariables de su vida y obra: le da —sin reservas— el título de filósofo que le habían negado y aún lo considera precursor de la metafísica existencialista, que renace en Europa en los últimos años de Unamuno. Incide en algo que era vital en Unamuno: la no resignación ante la muerte, su antisenequismo y su no estoicismo; a la vez que intenta una recuperación para la causa popular (Madrid: *Cuadernos de la Casa de Cultura*, 1-2-1937) (27).

En artículo publicado en *La Gaceta Literaria* (79, Madrid, 1930), Machado traza un apasionado retrato político de don Miguel, situándolo por encima de partidos, por encima del mero afán de acaudillar a las masas, aunque con un profundo amor al pueblo y respeto a los valores del espíritu. Político sin máscara, revulsivo de conciencias, ya con una extensa obra a la que Machado otorga funciones muy concretas:

> «El ha iniciado la fecunda guerra civil de los espíritus, de la cual ha de surgir —acaso surja— una España nueva. Yo le llamaría el vitalizador, mejor diré, el humanizador de nuestra vida pública» *(Art. cit.)*.

Las cartas que escribe Machado a Unamuno se ocupan casi siempre —en exclusiva— de problemas políticos y religiosos, volviendo, una y otra vez, sobre motivos recurrentes que preocupaban a Macha-

---

(27) Con ligeras variantes reproduce este comentario en «Carta a David Vigisdsky» en «Hora de España», núm. 4 (abril, 1937), pp. 245-250 (5-10 del número).

do: ataques a la Francia reaccionaria y al reaccionarismo en general; beocia nacional; indigencia cultural y espiritual; vaticanismo, clericalismo y falsa religiosidad del pueblo hispano; alabanza del republicanismo..., etc. (28). No es una correspondencia entre «literatos», pocos juicios sobre las bellas letras, para prestar atención a problemas más acuciantes e importantes en la vida nacional. Nunca largas discusiones literarias, ante aspectos de la vida nacional que se imponía con mayor urgencia a los corresponsales. De cuando en vez, Machado deja deslizarse algún juicio literario o paraliterario y elogios a la obra del que considera su maestro:

> «Su composición 'Bienaventurados los pobres' que me ha hecho llorar» (¿Baeza, 1913? A. de Albornoz: *Antología*, I, p. 102).
> «leí su composición sobre el Cristo de Palencia, que encierra tanta belleza y tanta bondad como esta del éxodo del campo» *(Ibidem)*.
> «He dedicado mucho tiempo a leer y comentar sus libros. Toda propaganda de ellos me parece poca. En Soria fundamos un periodiquillo para aficionar a las gentes a la lectura y allí tiene usted algunos lectores» (*Ibidem*, p. 103).
> «comprendo también su repulsión por esas mandangas y garliborleos de los modernistas cortesanos» (*Ibidem*, p. 104).
> «(...) los hombres que van dejando huella en el alma nacional, como usted y Costa en nuestra época, son aquellos que más desafinan en el concierto cortesano y los que no han buscado la cultura hecha (...). Su voz parece ruda y extemporánea, pero, al fin, comprendemos que estaban a tono con realidades más hondas y verdaderas» (*Ibidem*, p. 105).

A pesar de lo que decía hay una carta *(Baeza, 16 de enero, 1918)* que —en gran medida— es un comentario extenso a una obra de Miguel de Unamuno: *Abel Sánchez*, aunque ésta sea —*también*— el gran pretexto para una extensa meditación cordial y sentimental sobre el cristianismo, una emocionada visión de Cristo por el mismo Machado que tanto había escrito sobre el clericalismo, el vaticanismo y la falsa religiosidad que olía a cera y sacristía.

Me interesa presentar el juicio global que sobre *Abel Sánchez* formula Machado:

> «Recibí su *Abel Sánchez*, su agrio y terrible Caín, más fuerte a mis ojos que el de Byron, porque está sacado de las entrañas de nuestra raza, que son las nuestras, y habla nuestra lengua materna. Bien hace usted en sacar al sol las hondas raíces del erial humano; ellas son un índice de la vitalidad de la tierra y, además,

(28) Para las cartas de 1913, 1915 y 1921, véase A. de Albornoz: «Antología I» (citada), p. 102

es justo que se pudran al aire, si es que ha de darse la segunda labor, la del surco para la semilla (...). Es un capítulo del libro de las generaciones, o sea del libro del amor del hombre a sí mismo y a su prole (...). Yo no veo en este libro fundamental sino la gran lucha del hombre para crear el sentimiento de la fraternidad, que culmina en Jesús» (A. de Albornoz: *Antología*, III, páginas 140-141).

Como decía, el libro de Unamuno es excusa y acicate para que Machado nos presente sus propias ideas sobre el cristianismo y el amor. Proclama que entre el corazón y la cabeza él toma abierto partido por el primero y en este sentido se acerca a la doctrina de Cristo que:

«nos reveló valores universales que no son de naturaleza lógica, los nuevos caminos de corazón a corazón por donde se marcha tan seguro como de un entendimiento a otro» (*Ibidem*, p. 144).

La piedra angular de la doctrina de Cristo es para Machado —y este es el sentido último que él ve al *Abel Sánchez*— la humildad en contra del espíritu del cainismo. El amor que Cristo ordena es un amor sin orgullo, sin deleite en nosotros y en nuestra obra; es decir, no se trata de amar al prójimo porque veamos en él un espejo de nosotros mismos, eso sería narcisismo anticristiano. Machado quiere ver en *Abel Sánchez* la proclamación de la fraternidad que culmina en Jesús y que sólo puede aparecer cuando el hombre es capaz de superar el ciego impulso de la generación, frente a Caín que «es también un semental». Pero reconoce Machado que, a pesar de Cristo, el cainismo perdura:

«pasa del individualismo a la familia, a la casta, a la clase, y hoy lo vemos extendido a las naciones, en ese sentimiento tan fuerte y tan vil que se llama patriotismo» (*Ibidem*, p. 142).

Considera Machado que *Abel Sánchez* —en este tornar frecuente de Unamuno al Viejo Testamento— es el libro precristiano para expulsar de nuestras almas al gorila genesíaco que todos llevamos dentro y urge a don Miguel a que escriba su novela cristiana. De la honda impresión que causó en el alma de Machado, estimulando reflexiones, es buen testimonio la calurosa imprecación con que termina su carta: ¡Guerra a Caín y viva el Cristo! Todavía volverá a insistir Machado —en varios lugares— sobre el cristianismo y el profundo conocimiento de Cristo que tenía Miguel de Unamuno (29).

(29) Véase A. de Albornoz: «La presencia de M. de Unamuno» (citada), pp. 83 y ss.

En otras cartas (30) Machado confiesa a Unamuno *su gran* admiración y devoción por su *El Cristo de Velázquez*, pero sin detenerse a comentar ni a enjuiciar la obra. También en una carta de 1922 (31), Machado comunica a Unamuno su lectura de *Andanzas y visiones españolas*, tras haber leído *Por tierras de Portugal y de España*. Le promete un estudio sobre *Andanzas*... pero parece que no llegó a publicarlo, parco como era en su producción de crítica literaria en prosa. Pero nos demuestra la asiduidad y devoción continuada de Machado hacia los libros de Unamuno, tal y como el poeta había dicho —en su más puro y perfecto medio de expresión— en 1913:

> «*Libros nuevos. Abro uno*
> *de Unamuno.*
> *¡Oh, el dilecto,*
> *predilecto*
> *de esta España que se agita,*
> *porque nace o resucita!*
> *Siempre te ha sido, ¡oh Rector*
> *de Salamanca!, leal*
> *este humilde profesor*
> *de un instituto rural*» (PC, CXXVIII).

En artículo publicado en *El Sol* (17 de noviembre de 1935), vuelve a deshacerse Machado en elogios hacia el «sabio» pero, sobre todo, vuelve a recalcar el poder de incitación de quien viene a:

> «dar cuerda a muchos relojes —quiero decir a muchas almas— parados en horas muy distintas y a ponerlos en hora por el meridiano de su pueblo y de su raza» *(Art. cit.)*.

La actitud ante la muerte de Miguel de Unamuno, *su vinculación* con Heidegger y Kierkegaard, su radical y esencial cristianismo, son aspectos fundamentales de lo que Machado consideraba como «invariables» más positivas y de mayores alcance en las obra del Rector de Salamanca, y sobre ello volverá en artículos no dedicados a don Miguel (32).

He de referirme finalmente a un artículo «pedagógico» que apareció sobre Unamuno en *El Porvenir Castellano* (2, 4-VII-19-12). Si no lo he citado antes es porque el artículo apareció sin firma y —por tanto— aunque admitamos, con José Tudela, las pruebas de paterni-

---

(30) Véase A. de Albornoz y G. de Torre: Op. cit., pp. 919 y 927.

(31) Ibidem, pp. 927-928.

(32) Véase: «Miscelánea apócrifa: Notas sobre Juan de Mairena» en «Hora de España», 13 (1937) y Comentario a Charitas de Joaquín Xirau, «Hora de España», 20 (1938).

dad (33) es imposible tener una certeza absoluta (lo mismo ocurre con otros breves dedicados a Azorín, Valle, Baroja, a los que no me referí). El autor de este breve sobre Unamuno, casi con toda seguridad Machado, no hace sino resumir para el futuro lector soriano las características de la obra de don Miguel y lo hace como preámbulo a un texto de Unamuno que recoge el periódico. Frente a Menéndez Pelayo, archivo de la cultura tradicional, Unamuno bucea en la tradición en busca de lo que puede convertirse en mañana, haciendo ciencia viva, humanizando el libro, por lo que influye en todos sus contemporáneos como flagelador de espíritus en contra de la modorra nacional, lo que le aproxima a Costa y Giner de los Ríos. Califica la obra de inquietante y sugestiva y al autor de místico, poeta, pensador y maestro. Pero la intención fundamental del artículo era incitar a la lectura, pues no sólo da la relación de obras publicadas por Unamuno, sino la editorial que lo hizo y apostilla «se venden en las librerías de Soria».

Nada he dicho hasta aquí del pensamiento de Machado sobre Unamuno novelista, pues lo que le interesó realmente fue el Unamuno filósofo hasta el punto de llegar a afirmar en una carta de 1914 que a partir del *Sentimiento trágico* «se puede hablar de una filosofía española, de esa filosofía tan arbitrariamente afirmada como negada antes de su libro» (34). No obstante, Machado, en carta a Unamuno de 21 de marzo de 1915, formula un atinado juicio sobre *Niebla* que muestra hasta qué punto se identificó y compartió el total de la obra de don Miguel:

> «Mil gracias por su *Niebla*, que leí de un tirón con el deleite y avidez con que leo cuanto usted escribe. Portentosa me parece de honda realidad su nivola y de humorismo, aunque desoladora. Fraternalmente simpatizo con su Augusto Pérez, ente de ficción y acaso por ello mismo ente de realidad» (35).

Acierta a calar lo que es el sentido fundamental de la nivola, aunque —repito— su atención preferente se dirigiera hacia obras «de pensamiento» y no hacia la ficción.

Quizá hubiera que coronar este apartado con unas consideraciones de la influencia de Unamuno en Machado y, a su vez, de Machado en Unamuno, además de prestar atención a las numerosas ocasiones en que el propio Unamuno se ocupa de la obra del poeta. Ya

(33) «Insula», 216-217 (nov.-dic., 1964). Se reproduce el artículo en este mismo número.

(34) García Blanco, M.: «De la correspondencia de Miguel de Unamuno», New-York. Hispano Institute, 1957, pp. 2-22.

(35) Ibidem, p. 25.

dije que esto desbordaba las pretensiones de este artículo. Prefiero, como final, tomar prestados algunos versos de su «A Don Miguel de Unamuno» que recogen, esencializando en palabra poética, todo su sentir hacia el maestro de Salamanca:

«Este donquijotesco
don Miguel de Unamuno, fuerte vasco,
lleva el arnés grotesco
y el irrisorio casco
del buen manchego. Don Miguel camina,
jinete de quimérica montura,
metiendo espuela de oro a su locura
sin miedo de la lengua que malsina.
(...)
Quiere enseñar el ceño de la duda
antes de que cabalgue, al caballero;
(...)
Tiene el aliento de una estirpe fuerte
que sonó más allá de sus hogares
(...)
Quiere ser fundador y dice: Creo;
Dios y adelante el ánima española...
(*PC.*, CLI.)

Ortega y Gasset

La otra gran admiración intelectual de Machado fue hacia José Ortega y Gasset. Su homenaje en verso (probablemente de 1915) es muy explícito acerca de la opinión que le merecía el «joven meditador»:

«A ti, laurel y hiedra
corónente, dilecto
de Sofía, arquitecto.
Cincel, martillo y piedra
y masones te sirvan; las montañas
de Guadarrama frío
te brinden el azul de sus entrañas,
meditador de otro Escorial sombrío.
Y que Felipe austero,
al borde de su regia sepultura,
asome a ver la nueva arquitectura,
y bendiga la prole de Lutero» (*PC.*, CXL).

Por su parte Ortega había comentado elogiosamente, ya en 1912, la poesía de Antonio Machado (36).

(36) Ortega y Gasset, J.: «Los versos de AM» (julio, 1912) en OC, I, Madrid, Revista de Occidente, 1961, pp. 563-66.

En 1915 publica Machado en *La Lectura* (núm. 169) un extenso estudio sobre *Meditaciones del Quijote*, a mi juicio pieza magistral en el conjunto de la obra en prosa de Machado. Posteriormente, y sin que podamos fecharlo ni siquiera por aproximación, escribe una nota en *Los complementarios:* «Sobre Ortega y Gasset». Comenzaré refiriéndome a ella, pues se trata de una visión de conjunto sobre la obra y la persona de Ortega.

Machado en la nota de *Los complementarios* se propone responder a una serie de preguntas que él mismo se formula: el prestigio entre la juventud «progresiva»; la impaciencia con que se esperan y leen sus libros; lo que representa en su España el joven maestro; su voluntad de artista y pensador..., etc. Pero intenta, sobre todo, explicarse por qué se creó en torno a Ortega un ambiente de espera, impregnado de simpatía, que le permite un triunfo extenso, una difusión amplia que supera con creces la de los viejos maestros: Ganivet, Unamuno, Baroja, Azorín, Valle-Inclán —que tuvieron que luchar, a veces, contra la indiferencia y aun la hostilidad— aunque sus obras «tuvieran mucho nuevo que revelarnos». Machado, no sé si con plena consciencia, incide en lo que es problema medular de la obra de Ortega, a la luz de la crítica contemporánea, y en uno de los aspectos que más se le han criticado, hasta llegar a afirmar falta de profundidad envuelta en un mañoso esteticismo. Las indagaciones de Machado no van por estos derroteros, pues comienza afirmando su fe en el talento de Ortega. Tampoco admite que la razón del éxito se deba a que Ortega fue revelado al público «en trabajos que parecían interesados en influir en la política española», pues —con cierta amargura— reconoce Machado que:

> «lo que interesa a los más, en política, es la perspectiva de un acta o de un destino, precisamente lo que nadie puede esperar de Ortega» (A. de Albornoz: *Antología,* III, p. 184).

Creo que acierta plenamente — y aun lo expresa en prosa orteguiana— al presentar lo que él juzga la razón del éxito de Ortega, razón que define la obra toda del pensador:

> «Ortega y Gasset representa, a mi entender, en primer término o en primer plano, un gesto nuevo: el gesto meditativo; es el hombre que hace ademán de meditar. Este es un estilo, y el estilo es el ademán del hombre. No confundamos el ademán con lo que los franceses llaman *pose*, y ahorremos definiciones» (*Ibidem*).

El extenso comentario a *Meditaciones del Quijote* es, más que nada, una aguda y penetrante crítica de la novela cervantina con un plan-

teamiento que —al decir de J. M. Valverde (37)— sería hoy envidia de Roland Barthes y demás teóricos de la *écriture*, porque —para Machado—— la grandeza del *Quijote* está en su impersonalidad expresiva, en haber aprisionado «enorme cantidad de lengua hecha», no en haber manifestado el pensamiento o el sentimiento del propio Cervantes. Machado se pregunta, en páginas —a mi juicio magistrales y muy por encima de su restante producción en prosa— por el sentido último del *Quijote;* medita sobre su intención; la evolución y razón de ser de su comicidad; el arraigo en el alma hispana cuando se interroga sobre su destino; el triunfo del Quijote —personaje— sobre el propio libro de Cervantes..., etc. A todas estas preguntas no han contestado los eruditos y filólogos de medio pelo que caen sobre el *Quijote* «como bandadas de estorninos en olivar» pero que dejan intacta la obra «aunque sobre ella lluevan Clemencines de punta». Sus ataques a los eruditos —aspecto importante para conocer su pensamiento —son constantes; los considera acarreadores de material y, por ello, muy por debajo del arquitecto que elabora, construye e interpreta. En este sentido valora extraordinariamente el libro de Ortega sobre el Quijote y, también la *Vida de Don Quijote y Sancho* de Unamuno que: «derriba el estrecho recinto de cartón piedra que los cervantófilos de hasta entonces habían levantado en torno al *Quijote*». Compara las interpretaciones de Unamuno y Ortega, para insistir en que no vienen del campo de la erudición sino del de la filosofía, por lo que el libro de Cervantes tiene para ellos muy distinta significación y los resultados son —a su juicio— mucho más valiosos. Si Unamuno se propuso hacer obra de vida de lo que era y sigue siendo para los más literatura; Ortega se propone investigar la fuente originaria: el *Quijote* cervantino, el quijotismo de Cervantes. Para ello hace un esfuerzo a fin de distraer la vista de Don Quijote y verterla sobre el resto de la obra, intentando apresar el estilo cervantino del cual el *Quijote*, obra literaria, es sólo una condensación particular, porque el individuo Don Quijite es un individuo de la especie Cervantes. En sentido global captó muy agudamente, Machado que el intento de Ortega iba encaminado a descubrir el quijotismo del libro y no el quijotismo del personaje, intentando librarse así de los errores —a veces grotescos— nacidos de considerar aisladamente a Don Quijote. No me parece necesario aludir aquí a las enormes repercusiones posteriores de la concepción orteguiana.

A propósito del prólogo del libro de Ortega, hace Machado unas penetrantes e inteligentísimas consideraciones sobre la concepción

---

(37) Valverde, J. M. Op. cit., p. 162.

orteguiana de amor, conocimiento y moral y sus vinculaciones. En este sentido resume lo que considera la característica distintiva del pensamiento de Ortega:

> «Si amar las cosas no es comprenderlas, siempre será establecer con ellas una relación de intimidad. De todos modos, parece que el problema de conocer —y no de conocer por conocer, ni el de conocer para vivir, sino para construir— es el que preocupa y apasiona al joven maestro. Una preocupación arquitectónica es, a mi entender, la característica de Ortega y Gasset) (*Art. cit.*, A. de Albornoz: *Antología*, III, p. 165).

Exactamente lo contrario a la más rastrera erudición, tan denostada por Machado, no sólo por su incapacidad arquitectónica sino por el beocio desprecio que sienten hacia cuantos ponen un poco de fantasía en sus interpretaciones.

Machado se detiene en el platonismo de la concepción del amor en la obra de Ortega y en sus ataques a la moral utilitaria, pues —por su fondo de educación kantiana— considera antagónica la idea de utilidad y de moral. No es momento ni lugar este para mayor detención en el estudio de las ideas filosóficas de Machado y su manifestación, en este caso, a propósito del pensamiento de Ortega. Sí nos interesa, en cambio, señalar que Machado ejerció una crítica en profundidad de los libros de pensamiento con aportaciones muy pensadas y originales. No cabe decir otro tanto, en cambio, de sus juicios estrictamente literarios que, por otra parte y como hemos visto, suelen conducir hacia aspectos transcendentes, ajenos, casi siempre, a problemas formales y meramente textuales. En su proyecto del discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, había confesado con toda humildad que no era humanista, ni filólogo ni erudito, que pobres eran sus letras, que estudió con ahínco la filosofía pero no la literatura, que era poco sensible a los primores de la forma, la pulcritud y la pulidez del lenguaje cuando no había un contenido de garantía... pero lo que dijo, a otro propósito, para su poesía puede aplicarse —como resumen en sus propias palabras— a todo su hacer de crítico:

> *«Desdeño las romanzas de los tenores huecos*
> *y el coro de los grillos que cantan a la luna.*
> *A distinguir me paro las voces de los ecos»* (*PC.*, XCVII).

JOSE MARIA DIEZ BORQUE

San Gerardo, 6[1], 3.º B
MADRID-35